CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Muntaner, 22, bajos
De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

—PRINCIPALES COLABORADORES—
R. Rucabado.-Carlos Jordá.-J. M. López Picó. - F. de Sagarra.—Eladio Homs. J. Martí y Sábat. J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós. -Emilio Vallés.- J. Garriga Massó. - Ernesto Homs. - María C. Torner. - Eugenio d'Ors -J. Torres García.—D. Martínez Ferrando.—Bernabé Martí y Bofarull. -J. Bosacoma y Pou. Luís Jover Nunell.— J. Bassols.—C. Creuhet. - L. Figueras Dotti.

SUSCRIPCIÓN
España . . . . . 3 pesetas trimestre
Europa . . . . . 3 francos
Número suelto . . . . 25 céntimos
PAGO ANTICIPADO

Año VI — Barcelona 25 de Mayo de 1912 — Núm. 242

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

SUMARIO

Menéndez y Pelayo

Dedicatoria.
Nota de Redacción.
Marcelino Menéndez y Pelayo, por A. Rubio y Lluch.*
Menéndez Pelayo y sus «Obras completas», por Manuel de Montoliu.*
La obra de Menéndez y Pelayo:
Como crítico literario: Ramón Lull y Ausias March, *(del Estudio sobre la Poesía Mística).*
Como crítico filósofo: Luís Vives, *(de los Ensayos de crítica filosófica).*
Como poeta: En Roma, soneto: **A la memoria del poeta D. Manuel Cabanyes.**
Como traductor clásico: Canto Secular de Horacio.
Una página de los «Heterodoxos»: La evolución de la Historia eclesiástica.
Una página de las Ideas Estéticas: Raimundo Sabunde.
Bibliografía sumaria: sus principales producciones.

Ciencia política

Algunas ideas sobre los partidos políticos. *(Ensayo de filosofía política),* por J. Martí Sabat.

Cuestiones morales

La tristeza de la literatura contemporánea, V y VI, por J. Deleito y Piñuela.

Expansión Catalana

Los Orfeones de Cataluña en Madrid. - El «Orfeó Tarragoni» y el «Orfeó Català», por Bernabé Martí y Bofarull.

La Semana

Nota de actualidad.—*El proyecto de las mancomunidades en el Congreso y la Asamblea del Noguera-Pallaresa,* por R.
A la memoria de Maragall.—*En el Palau de la Música Catalana.*
El llegat, poesía, por José Carner.

El número próximo estará consagrado al **2.° Congreso Regional de Ateneos y Asociaciones de Cultura, de Villanueva y Geltrú.**

MENÉNDEZ Y PELAYO

El día diecinueve de Mayo fué llamado por el Señor, en la ciudad de Santander, don Marcelino Menéndez y Pelayo, el historiador y el crítico del pensamiento ibérico.

Formó su espíritu en Barcelona. En la escuela de Milá y Fontanals y Francisco Javier Llorens y Barba y en la compañía y fraternidad de los discípulos de ambos, adquirió el gérmen de las dos capitales virtudes de su esfuerzo: el *seny*: el juicio claro y severo, y el espíritu laborioso y constante.

Escribió la *Historia de los Heterodoxos españoles*, que es, sobrepasando á su fin estricto, la historia de la idea y del espíritu religiosos en España.

Compuso la *Historia de las Ideas estéticas en España*, y clasificó y depuró y pesó toda la producción del genio ibérico en teoría y en Artes.

Hizo en *La ciencia española* el archivo crítico, el proceso y fallo de todo cuanto de filosofía y de ciencias del espíritu ha florecido en suelo español y está ligado por el vínculo católico acentuado por las tradiciones de raza.

Tradujo á Tibulo y á Horacio aportando á la poesía castellana lo palpitante, lo luminoso y lo digno del clasicismo helénico y latino.

Trasladó á Chenier, á Hugo Fóscolo y Leopardi, y enriqueció la lírica castellana con su propia producción poética, en que un ritmo noble y clásico ceñía apenas el ardor rebosante de su espíritu.

Fué un amigo de Cataluña. Aquí, en el Ateneo, leyó sus primeros trabajos de erudición. Conoció y amó la lengua y la literatura catalana, las grandes figuras de nuestro pensamiento antiguo y moderno; fué el hermano de una generación de universitarios. Celebró la belleza de nuestra poesía popular y la grandeza de nuestra moderna epopeya. Hizo respetar nuestras letras por la intelectualidad del centro de España. Fué paladín de la creación de una cátedra de lengua y literatura catalana. Admiró á Ramón Llull, á Ausias March y se llamó devoto discípulo de Luis Vives. Cantó un memorable elogio á Cabanyes. Testimonió su entusiasmo á Verdaguer. Veneró como un hijo á su maestro Milá del cual fué discípulo predilecto, hasta heredar del mismo toda la documentación. Tradujo al castellano poetas catalanes, antiguos y del renacimiento, y presidió los Juegos Florales de 1880.

Su erudición llegó seguramente á los límites de lo que al entendimiento humano sea dable abarcar; más su capacidad insaciable, su avidez crítica y científica de investigador positivista estuvo en él subordinada á un gobierno central, sometida á la soberanía de su personalidad espiritual: Menéndez Pelayo es el positivismo hecho servidor del Catolicismo.

El afirmó ante el mundo intelectual la existencia de una ciencia española. La Europa de los eruditos y de los historiadores le cuenta por suyo, y su personalidad sostiene en el mundo científico un valor altísimo: el de que merced á su pasión interna, á su sangre latina, y á la infusión mediterránea que recibió su alma, allí donde un germánico hubiera elevado á ídolo la formidable máquina científica que él tenía en sus manos, dueño y señor siempre de lo suyo, clasifica, domina, interviene, hace entrar, divididas y canalizadas, las aguas de su caudal inconmensurable por campos del reino del Espíritu. Fué Arbitro de su propia ciencia, y esto es su mayor gloria.

En la muerte de D. Marcelino Menéndez y Pelayo esta Redacción, con todos sus amigos y colaboradores, trasmite á la familia el testimonio de su mayor pena.

Nota de Redacción

El nombre de Menéndez y Pelayo está asociado á una efeméride memorable de nuestra revista. El núm. 100 de LA CATALUÑA, correspondiente al 4 de Septiembre de 1909 fué dedicado casi por entero al gran polígrafo. Su objeto fué preparar la celebración de un homenaje ó tributo á Menéndez y Pelayo, que consistiría principalmente «en la celebración de una fiesta literaria en su honor y en la publicación de una edición completa y económica de sus libros, opúsculos y trabajos insertados en diversas revistas nacionales y extranjeras». Diversas circunstancias impidieron que este pensamiento se llevara adelante, pero nuestro número queda, como un perenne testimonio de admiración, tal que hoy no sabríamos expresarla en mejor forma.

Interesará seguramente á los lectores que nos dispensan atención sólo á partir de nuestra segunda época, conocer el contenido de aquel número de homenaje á Menéndez y Pelayo, que fué dirigido por nuestro antiguo redactor D. José Roig. He aquí el sumario:

LA CATALUÑA *á Menéndez y Pelayo*, por J. ROIG.

Menéndez y Pelayo como catalanista, por A. RUBIÓ Y LLUCH. Artículos publicados en 1881, en el *Diario de Barcelona* y reproducidos con una carta original de su autor.

Para el homenaje á Menéndez y Pelayo, por JUAN MARAGALL.

Menéndez y Pelayo y la lengua catalana, por R. MIQUEL Y PLANAS.

León XIII y Menéndez y Pelayo, por JAIME COLELL, Pbro.

Nota sobre Menéndez y Pelayo, por PEDRO COROMINAS.

Adhesión, por J. M. LÓPEZ PICÓ.

El joven traductor de Tibulo: M. Menéndez y Pelayo, por JAIME BARRERA.

Elegías de Albio Tibulo, traducidas directamente del texto latino.—*Elegía 1.ª—Libro 1.º* «Divitias alius fulvo sibi. congerat aucro—et teneat culti jugera multa soli», por MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO (1874).

Cervantes considerado como poeta.—Ensayo de crítica literaria leída por su autor en el Ateneo Barcelonés, el 20 Abril 1873, por MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

El Renacimiento catalán, (fragmentos de la «Semblanza literaria» de Milá y Fontanals), por MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Grabados

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, (retrato).

Menéndez y Pelayo en 1873, (id.)

Al conmemorar su muerte, honramos otra vez estas páginas con la reprodución de nuevos fragmentos. como especial tributo á varias de las múltiples actividades literarias del autor de los *Heterodoxos:* crítica literaria, crítica filosófica, traducción clásica y poesía. Más adelante publicaremos trabajos de fondo acerca del mismo, confiados á algunos de nuestro colaboradores.

D. Antonio Rubió y Lluch, del *Institut d'Historia*, que fué más que condiscípulo y amigo de Menéndez y Pelayo, su hermano del alma, nos proporciona una vez más sus valiosas palabras sobre el gran escritor. El artículo de 1881, reproducido en nuestro número 100 ponderaba su obra catalanista, de amor á Cataluña; el que acaba de dar á las páginas de *La Veu de Catalunya* y que traducimos á continuación es una sentidísima nota íntima; el importante estudio de don Manuel Montolíu, publicado en *La Vanguardia* fué escrito muy pocos días antes de la muerte de Menéndez y Pelayo.—Una bibliografía sumaria completa el homenaje que dedicamos en este número á su memoria.

Marcelino Menéndez Pelayo

Era el más paternal, el más consecuente, el más glorioso de mis amigos. Con su muerte me parece que desaparece y se precipita una gran parte de mi pasado, tal como se derrumba una pared maestra, se cuartea y oscila un edificio. La muerte y la gloria consagrando ahora su nombre, me han descubierto, con una emoción intensa que me ahoga y me abruma, que yo le llevaba tan profundamente escrito dentro de mi corazón, como los más fuertes y viejos afectos de la sangre. Empero, no es de mi dolor de lo que vengo á hablar ahora, ni tengo tampoco derecho á hacerlo delante de un duelo nacional, y que con mayor ó menor intensidad todos compartimos. Menendez Pelayo era uno de los más sinceros admiradores que Cataluña tenía en la tierra española. Nadie como él le había hecho más justiciani la había conocido tan á fondo. Era hijo de las entrañas espirituales de Cataluña, y con orgullo y grandeza, con aquella grandeza titánica y solemne que tomaba su voz al leer sus obras, lo declaró cuando ultimamente vino á Cataluña á tributar su homenaje al más grande y más querido de sus maestros: al glorioso Milá y Fontanals. En aquel admirable discurso, uno de los mas sentidos y más lleno de ideas que haya salido de su pluma—yo descubro siempre allí nuevas revelaciones—confesaba llanamente esta filiación suya de la escuela catalana, cuyo fondo hacía poder afirmar que no se había modificado nunca en su espíritu. «Allí—dice—contemplé en ejercicio un modo de pensar histórico, relativo y codicioso, que me llevó no al positivismo, sinó á la prudente cautela del *ars nesciendi*.» Léase el último admirable volúmen, el primero de la serie malaventuradamente detenida de la nueva «*Historia de los heterodoxos españoles*» consagrado á la prehistoria y á la historia primitiva de España, y allí se verá una vez más con qué parsimonia, con qué cautela, trata los difíciles problemas de nuestros orígenes históricos, huyendo de toda teoría, de todo apriorismo, de toda construcción hábil, buscando siempre lo concreto, lo determinado, el criterio de observación y de conciencia tal como lo había visto practicado por sus dos eminentes maestros Francisco Javier Llorens y Milá y Fontanals. Más de una vez, años después de terminados sus estudios, cuando su nombre era ya el prestigio más alto de la ciencia española, al ver yo con admiración encima de su mesa de estudio en Madrid, mezcladas con las obras capitales del entendimiento humano, las del gran maestro vilafranquino, me ha había manifestado que á otra cosa no aspiraba, sinó á convertírselas en substancia propia, y hasta tal punto lo consiguió aquel hijo intelectual de nuestra Cataluña, de cuyo espíritu cada día parecemos divorciarnos más y más, que no sería extraño, tiempo á venir, que al tratar de restaurar otra vez los fundamentos de la escuela catalana, fortalecidos con la moderna cultura mundial, tuviésemos que ir á buscarlos en las mismas obras del gran polígrafo montañés, donde más que entre nosoiros parecen haberse conservado inalterables desde que los pusieron los grandes educadores de la moderna Cataluña intelectual.

Y no sólo es como criterio y como escritor que podemos reclamar este parentesco espiritual de Menéndez Pelayo, sinó aún como poeta. Otro escritor catalán, el inmortal Cabanyes, fué el que decididamente orientó su vocación en este sentido, que en su juventud manifestó tan enérgica y tan personal. Su apoteósica da á Cabanyes escrita al dejar la tierra catalana, es el primer canto que abre su primera colección de obras poéticas, como una ardiente profesión de fé. El cisne de Venusa era para él *el, rey de la lira*. Cabanyes, el único que en España había sido digno de recoger los acentos de la musa horaciana. Mas de medio siglo había de transcurrir antes de que nuestro poeta citado encontrase su verdadero heredero en las montañas de Cantabria, libres y independientes como las de Cataluña, en nuestro Menéndez y Pelayo, quién volvió á hacer recorrer con la misma brava independencia é indómita energía las estrofas del cantor del Panadés.

No me encuentro ahora en disposición de hacer una semblanza literaria de Menéndez y Pelayo, ni es tampoco la presente, la ocasión mas apropiada. Escribo estas cuartillas con la ansiedad de que lleguen con oportunidad á mis lectores, entre la preparación de la penosa tarea de los exámenes, y las angustias del poco tiempo que me queda para dictarlas. No es tampoco esta la hora de la crítica y de la reflexión: es la hora solemne de la emoción y del estupor. Ha venido de súbito, como una sacudida violenta, sorprendiéndonos á todos, hasta á los que estábamos mas preparados para ellos.

No hace aún cuatro días que recibí de Santander, enviado por su mismo autor—como tenía siempre la costumbre de hacerlo con todas sus obras, desde la primera que salió á luz hará cosa de treinta y ocho años—el primer volúmen de la «*Historia de la poesía hispano-americana*». — Hacía cerca de tres meses que no tenía noticias directas suyas; pero en este intermedio había recibido dos importantes volúmenes de la colección completa de sus obras, que empezó á publicar el editor Victoriano Suárez, de Madrid Yo me deleité en ellos, alimentando nuevas esperanzas sobre la reconstitución de su salud, al leer en letra clara y segura, en la dirección de cubierta del paquete postal. En la última carta que me escribió en el mes de febrero último, el ilustre escritor confiaba todavía en su curación «Tanto los médicos de aquí (la carta era escrita en Santander) como los de Madrid—decía—asegu-

ran que no es cosa de importancia lo que tengo, y que no hay lesión ni complicación alguna—pero lo cierto es que la hidropesia no acaba de curarse.—Lo único que me distrae y me hace sobreponerme á la dolencia física, y es el trabajo intelectual, para el que me siento cada vez mas ágil. Los «*Heterodoxos*» (tomo I) están acabados, y tanto este tomo el primero de la poesía americana se repartirán á principios del mes que viene »

Como se ve; el gran Maestro ha muerto de la misma manera que ha vivido: trabajando siempre, consagrado con una vocación superior é irresistible al estudio, al cual ha sacrificado su salud y el bienestar material de una posición relativamente independiente. Nada lo demuestra tanto, después de sus propias palabras citadas, como una carta que en el mes de Marzo recibí de mi querido amigo de Santander, el ilustrado escritor y crítico D. José R. Lomba, amigo y discípulo de Menéndez y Pelayo. Desconfiado y temeroso respecto del verdadero estado de su salud le pedí á Lomba una sincera información. El desengaño fué cruel. Pero la carta es tan sugestiva, muestra tan al vivo el estado físico y moral del Maestro, que no puedo resistir á traducir las impresiones principales.

«Yo no comprendo que pueda ser leve una causa de desnutrición, demacración y avejentamiento, tan rápidos y tan extremos. ¿Usted no le ha visto desde hace un año? En tal caso, no tiene V. una idea de sus aspecto. Es la pavesa de Marcelino... Necesitaría descanso y esa medecina ¡cualquiera se la hace tomar á Marcelino! Trabaja más desaforadamente que nunca. Ayer le ví yó (el primero de marzo). Estaba en la cama, de donde no había salido en unos días y tenía delante, en dos mesas, grandes montones de libros y de papeles. Estaba anotando las erratas del primer tomo de los «Heterodoxos», que tiene ya terminado y corrigiendo las pruebas de su primer tomo de su «Historia de la literatura hispano-americana». Me explicó sus planes, lleno de animación y de buen humor, sin contar para nada con su enfermedad, todo indignado de la alharaca de los periódicos, que le parecía injustificable. Pero allí se apreciaban mejor que en otra parte los estragos que en organismo va haciendo el mal que le consume.»

Menéndez Pelayo no ha muerto viejo. El tres de noviembre de este año habría cumplido los 56 años. Si hubiese alcanzado la avanzada edad de muchos grandes escritores de la humanidad, su producción hubiera sido enorme, formidable. Así y todo, el mundo intelectual que ha brotado de su pluma no parece hijo de un solo esfuerzo humano. Casi hay que creer en un milagro para que uno pueda explicárselo. Desde este punto de vista solo es comparable á los grandes polígrafos ó á las inteligencias más supremas y excelsas que Dios envía de vez en cuando á la tierra para mostrar su poder infinito en la humana criatura. Con él parece que una parte considerable de la inteligencia humana se haya extinguido, hasta que vuelva á brillar otro faro luminoso de igual potencia. No es una gloria de España ni de una época determinada, sino de la humanidad entera: y nos ha de caber una cierta manera de orgullo á los que nos ha tocado la suerte de haber nacido en su tiempo, y de haberlo escuchado y mirado cara á cara. En España ha sido el maravilloso apóstol de toda la cultura intelectual verdaderamente humanista, en el sentido más ancho de esta palabra, como uno de los grandes hombres del Renacimiento, desde hace más de treinta años, y de él hemos sido discípulos directa é indirectamente cuantos desde la aparición de sus magistrales obras «La ciencia española», «Los Heterodoxos españoles», «Historia de las ideas estéticas», «Antología de poetas líricos castellanos», para no citar más que las columnas maravillosas y fundamentales de su inmensa enciclopedia, hemos trabajado y seguimos trabajando en el campo de la crítica, de la erudición y de las letras. Yo he tenido la suerte de ser el primero de ellas en las aulas universitarias de esta ciudad, en los años de 1872 y 1873, que fueron los dos en que hizo contínua permanencia. En ellas, al mismo tiempo que nacía la estrecha y honda amistad que nos ha unido durante cuarenta y un años, se puede decir que él, más aun que mis venerados maestros, formó mi inteligencia, y hoy con el corazón lleno de dolor y de añoranza, bendigo á Dios por haberme concedido la fortuna inestimable de habérmelo hecho encontrar en el camino de mi obscura existencia. Con él se ha puesto para mí el sol más esplendoroso que lo iluminaba y se ha borrado de súbito el camino más seguro y recto, que me guiaba en la investigación de la ciencia.

Acabo de recibir en este momento una dulce carta de pésame, de un buen amigo del corazón: el P. Ruperto de Manresa, que me ha traído acentos de exaltación y de esperanza Con ellos acabaré esias incoherentes cuartillas, más de una vez interrumpidas por mis negocios profesionales, porque dan á la majestuosa figura de Menéndez Pelayo, tan austera y bondadosa en el ocaso de su existencia, el justo relieve de gran sabio y de fervoroso creyente: «El ser sabio es también una gran virtud, y ser un gran sabio creyente es ser un santo. ¡El, ahora, es grande! El dolor es nuestro, es para toda España, es para toda la humanidad.»

A. RUBIÓ Y LLUCH

(De *La Veu de Catalunya*.—Traducción de L. R.)

Menendez y Pelayo

y sus "Obras completas" *

Todos los ensayos ó intentos de europeización que por parte de las selecciones intelectuales de nuestra sociedad se han llevado á cabo dentro del dominio de la cultura ibérica, no han sido tan francos ni decididos que no hayan [illegible]acompañados de ciertas dudas y vacilaciones. Estas dudas y estas vacilaciones han tenido en los últimos tiempos su cabal expresión en toda una literatura que podríamos calificar de auto-examen y auto-crítica, en un conjunto de ensayos para desentrañar el *yo* más hondo de la raza y pesar y calcular sus grados de adaptabilidad al espíritu y al organismo de la cultura europea. Este movimiento, reflejo espontáneo del recelo y desconfianza del alma ibérica ante toda actitud de absorción dentro de lo europeo, ha sido fielmente, intensamente reflejado por algunos espíritus superiores que han levantado su voz de alerta en distintos puntos de la península. Recordemos solamente á Ganivet, á nuestro Maragall, á Unamuno, hombres de aquellos que, á su talento superior, unen además una sensibilidad espiritual, afinadísima, capaz de llegar á percibir las más leves y profundas vibraciones del alma popular.

Dejando aparte sus exageraciones y paradojas que muchas veces tienen puramente un valor de intensidad expresiva, la enseñanza de estos hombres nos ha hecho ver en el fondo del alma ibérica algo eminentemente irreductible, un elemento simple absolutamente insoluble en las aguas de la cultura europea; y no sólo eso: nos ha hecho ver, por más que no han acertado aún á definirlo, el nervio oculto de nuestra cultura indígena, de la única cultura posible desde el momento que á esta palabra, tan torcidamente interpretada por la mayoría, se le da su recto sentido, el sentido que le dió Herder, su inventor, esto es: revelación de la personalidad espiritual de un pueblo, ó de un individuo. Y este valor original de nuestra cultura ó de nuestras culturas ibéricas, no sólo da un sello original, inconfundible á nuestras costumbres, á nuestras lenguas, á nuestro sentido religioso, á nuestro arte y á nuestra literatura, sino que, además, presta un matiz personal á nuestra más alta especulación mental, á nuestra ciencia, á nuestra erudición, á nuestra crítica. No solo se revela la cultura ibérica en el contraste de un Goya ó de un Velázquez, con los otros maestros de la pintura europea; de un Calderón, ó de un Verdaguer, ó de un Guerra Junqueiro con los primates de la poesía de los otros pueblos. El contraste se presenta con la misma viveza y tiene exactamente el mismo valor cuando confrontamos á un Menéndez Pelayo con un Gastón París ó con cualquiera de los grandes romanistas alemanes.

¿En qué consiste esta esencial diferencia, cuando de erudición y crítica literaria se trata? Creemos que en el fondo consiste en lo mismo que separa tan profundamente á nuestros poetas y á nuestros artistas de los del resto de Europa. Hay en el fondo de la mentalidad ibérica sea el que sea el dominio de su actividad, algo de adivinación, algo esencialmente intuitivo, un elemento dinámico, digámoslo así, que no procede por raciocinio ni llega á la conclusión por las premisas, sino saltando por encima de ellas: un proceso por saltos, un instinto enorme y podríamos decir monstruoso que ahoga lo puramente racional. Por esto en España las erudiciones gigantescas como la de Menéndez Pelayo hacen más bien el efecto de cosa ingénita que de cosa adquirida. No sólo es el poeta el que *nace* entre nosotros, es también el sabio y el erudito. Y nada más opuesto al carácter de la ciencia ibérica que

(*) Artículo escrito pocos días antes de la muerte de Menéndez y Pelayo y publicado en *La Vanguardia* del día 19 de mayo.

aquella máxima de Buffon: «el Genio es la paciencia.»

Pasan ahora por mi memoria las siluetas de distintas personalidades ilustres de la Filología románica y de la Historia literaria que he tenido ocasión de conocer personalmente ó por sus obras en mi estancia en Alemania. Siluetas venerandas de ancianos encorvados bajo el peso de su saber, llevando impresas en sus ojos y en toda su figura las huellas de un trabajo titánico, los tormentos de un método torturador é implacable, el doloroso esfuerzo cuotidiano de las vigilias impuestas por una disciplina férrea: hijos del Trabajo, el dios supremo en las razas germánicas hoy dominadoras del mundo. No hace mucho que leía en un fuerte pensador alemán estas frases que hacen ver todo el abismo que nos separa de aquellas gentes: «Facultades? Quién no las tiene? Talento?... Juguete para los niños. Unicamente la gravedad hace al hombre; únicamente la aplicación produce el genio.»

Y al apartar los ojos de esas siluetas trágicas, de esos Sísifos infatigables empujando sin cesar montaña arriba el bloque de su saber enorme, me serena el espíritu reposar la vista en el retrato de nuestro Menéndez Pelayo que precede el primer tomo de sus *Obras Completas*. Sus ojos que tantos secretos de la antigua alma ibérica han descubierto al través de polvorientos infolios y pergaminos, tienen una limpidez, una luminosidad, una serenidad dignas de los de un poeta. Su expresión y su actitud son las de un hombre á quien no embaraza el peso que lleva por enorme que sea; y tras la barba venerable se insinúa la leve sonrisa beatífica de un privilegiado de los dioses.

Esto son en el fondo Menéndez Pelayo y todos los más altos representantes de la ciencia ibérica: privilegiados de los dioses. La adoración á lo ingénito, á la intuición innata, al privilegio de la naturaleza, ha sido siempre una de las notas distintivas de la cultura heleno-latina en contraposición á la adoración exclusiva que al Esfuerzo han profesado los bárbaros del Norte. La tierra ibérica ha heredado por completo la tradición mediterránea en este punto. Nada más opuesto al divino Aquiles, al guerrero invulnerable por un privilegio especial de los dioses, que el Robinson sajón desamparado y luchando solo contra los elementos. La adoración al Talento, esta palabra que no pueden comprender los germánicos, al Talento, como pura expresión de un privilegio de la naturaleza, he aquí uno de los cultos de la raza ibérica que ve en él, no *un juguete para los niños*, como piensan los bárbaros civilizados del Norte, sino un don del cielo, un privilegio de los dioses. No es tampoco la aplicación la que hace el genio; es el genio mismo, es decir, un cierto innato *quid divinum* lo que únicamente hace el Genio. Tal es el *credo* de la raza, que no tratamos aquí de discutir.

La figura de Menéndez Pelayo con su multiforme erudición, con su ilimitada actividad, con lo prodigioso y gigantesto de su conocimiento de las fuentes de la espiritualidad ibérica, es una expresión viva de este *credo;* porque por enorme que aparezca su trabajo y por tenaz que sea su aplicación, no es esto lo primordial que en él admiramos; es su talento, es su intuición, son sus facultades, ya reveladas de sencillo estudiante en las aulas universitarias, y que pasan cien codos por encima de su esfuerzo. Menéndez Pelayo confirma una vez más que entre nosotros la ciencia y la erudición tendrán siempre un caracter de revelación ó de expresión de una individualidad: un valor subjetivo, como puede tenerlo el arte y la poesía, y que no podrá conciliarse de una manera completa con el caracter y valor objetivo é impersonal que exige la ciencia europea. Algo es esto que no puede formularse en palabras precisas porque toca á la misma entraña de nuestra espiritualidad de raza.

Recuerdo que Jaime I, en su *Crónica* cuenta en un pasaje que, estando en una población del reino de Valencia, los nobles que le acompañan le observan que nada podrán hacer sin poder disponer de máquinas de guerra, á lo que el rey responde que tiene á su disposición lo que desean. El rey, en secreto y con la previsión que le caracterizaba, había hecho embarcar previamente dos *fenévols* en una nave. Los caballeros le dijeron sonriendo que parecía que hubiese adivinado lo que habría de venir. Y el rey observó graciosamente: «*Més val qui ho devina que qui ho cerca*».

¿No constituyen estas ingénuas palabras el lema de la intelectualidad ibérica? Sí: «más vale quien adivina que quien busca», parece empeñarse en repetir cada figura eminente que sale de entre nuestras filas ante la ciencia europea que hace tiempo repite todo lo contrario: *Más vale quien busca que quien adivina*. ¿Quién tiene razón? Nosotros creemos que en lo concerniente á cultutura todo es cuestión de intensidad más que de cualidad. El día que el valor ingénito de la cultura ibérica tuviese un cultivo hondo é intenso y consciente, llegaría á tener una trascendencia mundial, una actitud agresiva y una aspiración imperialista y absorbente en que ahora es imposible soñar. La fase de la cultura europea actual, determinada por el predominio de los bárbaros civilizados del Norte, es transitoria como todas las fases de la Historia y no está destinada á durar eternamente. Mientras tanto, bueno es que no cejemos en cultivar «el jardín de nuestra Berenice», eso es, el jardín de nuestra cultura ingénita y tener calma y serenidad y un gran sentimiento de dignidad y de confianza en nosotros mismos, haciendo objeto de nuestro culto ferviente á los hombres que como Menéndez Pelayo tan hondo llevan marcado el sello de esa cultura indígena.

Con las consideraciones que anteceden, sea cual fuere su valor, he querido aportar mi modesto homenaje al crítico ilustre de las letras hispanas con ocasión de la aparición del primer volumen de sus *Obras completas*. Hermosa confirmación de todo lo que llevamos dicho más arriba es este volumen que contiene en forma de Prolegómenos á la *Historia de los Heterodoxos españoles* una revisión crítica, rebosante de erudición y buen sentido, de todo cuanto se ha escrito sobre la prehistoria y la historia primitiva de la civilización ibérica. Constituye una sorpresa sin precedentes la que nos ha dado el eximio maestro con este salto prodigioso que su erudición acaba de dar dentro del intrincado y obscuro dominio de la prehistoria ibérica, escudriñando todos sus aspectos mitológicos, lingüísticos, arqueológicos, étnicos, aportando un enorme caudal bibliográfico, demostrando la lozanía y la juventud de su claro entendimiento, y la flexibilidad portentosa de su erudición. Ante una fuerza intelectual tan prodigiosa, no cabe pedir el secreto de su método, ni preocuparse por la tenacidad de su disciplina, ni medir la intensidad del esfuerzo; cabe solamente inclinarse sobrecogido como ante el espectáculo de una fuerza de la naturaleza haciendo erupción por donde menos se esperaba y dejando en el mar sólidamente asentada una nueva isla rica y frondosa. Hombres como Menéndez Pelayo hacen más bien el efecto de magos que de trabajadores infatigables. Cumplen á la perfección sus arduas empresas con el rostro sonriente y la actitud desembarazada de un caudillo homérico entrando en la lid amparado por el escudo y la lanza de Minerva.

MANUEL DE MONTOLIU

(De *La Vanguardia*)

Menéndez y Pelayo

como crítico literario

Ramón Lull y Ausias March

¿Y á quién extrañará que enfrente de toda esta literatura franciscana, cuyo más ilustre representante solía llorar *porque no se ama al amor*, pongamos, sin recelo de quedar vencidos, el nombre del peregrino mallorquín que compuso el libro *Del Amigo y del Amado*? ¡Cuándo llegará el día en que alguien escriba las vidas de nuestros poetas franciscanos con tanto primor y delicadeza como de los de Italia escribió Ozanam! Quédese para el afortunado ingenio que haya de trazar esa obra, tejer digna corona de poeta y de novelista, como ya la tiene de sabio y de filósofo, al iluminado doctor y mártir de Cristo, Ramón Lull, hombre en quien se hizo carne y sangre el espíritu aventurero, teosófico y visionario del siglo XIV, juntamente con el saber enciclopédico del siglo XIII. En el beato mallorquín artista de vocación ingenua y nativa, la teología, la filosofía, la contemplación y la vida activa se confunden y unimisman, todas las especulaciones y ensueños armónicos de su mente toman forma plástica y viva, y se traducen en viajes, en peregrinaciones, en proyectos de cruzada, en novelas ascéticas, en himnos fervorosos, en símbolos y alegorías, en combinaciones cabalísticas en árboles y círculos concéntricos, y representaciones gráficas de su doctrina, pen-

que penetrara por los ojos de las muchedumbres, al mismo tiempo que por sus oídos, en la monótona cantilena de la *Lógica metrificada* y de la *Aplicació de l'art general*. Es el escolástico popular, el primero que hace servir la lengua del vulgo para la ideas puras y las abstracciones, el que separa de la lengua provenzal la catalana, y la bautiza desde sus orígenes, haciéndola grave, austera y religiosa, casi inmune de las eróticas liviandades y de las desolladoras sátiras de su hermana mayor, ahogada ya para entonces en la sangre de los albigenses. Ramón Lull fué místico, teórico y práctico, asceta y contemplativo, desde que en medio de los devaneos de su juventud le circundó de improviso, como al antiguo Saulo, la luz del cielo; pero la flor de su misticismo no hemos de buscarla en sus *Obras rimadas* (1), que, fuera de algunas de índole elegíaca, como el *Plant de nostra dona Santa María*, son casi todas (inclusa la mayor parte del *Desconort*) exposiciones populares de aquella su teodicea racional, objeto de tan encontrados pareceres y censuras, exaltada por unos como revelación de lo alto, y tachada por otros punto menos que de herética, por el empeño de demostrar con razones naturales todos los dogmas cristianos, hasta la Trinidad y la Encarnación, todo con el santo propósito de resolver la antinomia de fe y razón, bandera de la impiedad averroista, y de preparar la conversión de judíos y musulmanes; empresa santa que toda su vida halagó las esperanzas del bienaventurado mártir.

La verdadera mística de Ramón Lull se encierra en una obra escrita en prosa, aunque poética en la sustancia: el *Cántico del Amigo y del Amado*, que forma parte de la extraña novela utópica intitulada *Blanquerna*, donde el iluminado doctor desarrolla su ideal de perfección cristiana en los estados de matrimonio, religión, prelacía, pontificado y vida eremítica; obra de hechi cera ingenuidad y espejo fiel de la sociedad catalana del tiempo. El *Cántico* está en forma de diálogo, tejido de ejemplos y parábolas, tantos en número como días tiene el año, y su conjunto forma un verdadero *Arte de contemplación*. Enseña Raimundo que «las sendas por donde el Amigo busca á su Amado son largas y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, pero iluminadas de amor.» Parécenle largos estos destierros, durísimas estas prisiones. «¿Cuándo llegará la hora en que el agua, que acostumbra correr hacia abajo, tome la inclinación y costumbre de ir hacia arriba?» Entre temor y esperanza hace su morada el varón de deseos, vive por pensamientos y muere por el olvido; y para él es bienaventuranza la tribulación padecida por amor. El entendimiento llega antes que la voluntad á la presencia del Amado, aunque corran los dos como en certamen. Más viva cosa es el amor en corazón amante que el relámpago y el trueno, y más que el viento que hunde las naos en la mar. Tan cerca del Amado está el suspiro, como de la nieve el candor. Los pájaros del verjel, cantando al alba, dan al solitario entendimiento de amor, y al acabar los pájaros su canto, desfallece de amores el Amigo, y este defallecimiento es mayor deleite é inefable dulzura. Por los montes y las selvas busca á su amor; á los que van por los caminos pregunta por él, y cava en las entrañas de la tierra por hallarle, ya que en la sobrehaz no hay ni vislumbre de devoción. Como mezcla de vino y agua se mezclan sus amores, más inseparables que la claridad y el resplandor, más que la esencia y el ser. La semilla de este amor está en todas las almas: ¡desdichado del que rompe el vaso precioso y derrama el aroma! Corre el Amigo por las calles de la ciudad, pregúntanle las gentes si ha perdido el seso, y él responde que puso en manos del Señor su voluntad y entendimiento, reservando sólo la memoria para acordarse de Él. El viento que mueve las hojas le trae olor de obediencia; en las criaturas ve impresas las huellas del Amado; todo se anima y habla y responde á la interrogación del amor; amor, como le define el poeta, «claro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos»; ó como en otra parte dice con frase no menos galana: «Hervor de osadía y de temor.» «Venid á mi corazón (prosigue) los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas: venid á tomar agua á la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací, y amor me crió, y de amor vengo, y en el amor habito.» La naturaleza de este amor místico nadie la ha definido tan profundamente como el mismo Ramón Lull, cuando dijo que «era medio entre creencia é inteligencia, entre fe y ciencia.» En su grado extático y sublime, el Amigo y el Amado se hacen *una* actualidad en *esencia*, quedando á la vez *distintos* y *concordantes*. ¡Extraño y divino erotismo, en que las hermosuras y excelencias del Amado se congregan en el corazón del Amigo, sin que la personalidad de éste se aniquile y destruya, porque sólo los junta y traba en uno *la voluntad vigorosa, infinita y eterna del Amado*! ¡Admirable poseía, que junta como en un haz de mirra la pura esencia de cuanto especularon sabios y poetas de la Edad Media sobre el amor divino y el amor humano, y realiza y santifica hasta las reminiscencias provenzales de canciones de Mayo y de alborada, verjeles y pájaros cantores, casando por extraña manera á Giraldo de Borneil con Hugo de San Victor (1).

No os parezcan profanación, Señores, si después del nombre de Lulio, á quien el pueblo mallorquín venera en los altares, traigo el nombre de un poeta erótico, posterior en más de un siglo, y que comparte con él la mayor gloria de la literatura catalana. Lejos de mí la profana mezcla de amores humanos y divinos, de que no debe vestirse ningun cristiano entendimiento; pero fuera soberana injusticia hablar de Ausías March con la misma ligereza que de cualquier otro cantor de finezas y desvíos. Y por otra parte, el amor encendido, apasionado y vehemente á la criatura, el amor en grado heroico, aun cuando vaya errado en su objeto, no puede albergarse en espíritus mezquinos y vulgares, sino en almas nacidas para la contemplación y el fervor místico. El mismo Ramón Lull, que tan altamente especuló del amor divino, es el que cuando mozo, se abrasaba en las llamas de la pasión mundana y del deseeo, hasta penetrar á caballo, en seguimiento de su dama, por la iglesia de Santa Eulalia; el mismo á quien Dios llamó á penitencia, mostrándole roído por un cáncer el pecho de Ambrosia la genovesa.

Nada de legendario y fantástico en la biografía de Ausías March. Es toda ella tan sencilla y prosaica, que los que se han detenido en la certeza de sus versos, sin penetrar el íntimo sentido, han juzgado mera convención poética sus amores, y hasta fantástica la dama, ó han creído, como Diego de Fuentes, que al celebrarla no quiso el poeta sino «mostrar con más levantado estilo la fuerza y licor de sus versos.» Opinión absurda, porque además de constar en los biógrafos, y hasta en un pasaje algo embozado del mismo Ausías, el verdadero nombre de la ilustre dama que él suele llamar *lirio entre cardos*, ¿quién no siente, bajo la ceniza árida y escolástica de los *Cantos de amor*, el rescoldo de una pasión verdadera y profunda? Sino que Ausías, con ser imitador del Petrarca en algunos pormenores, é imitador á su modo, es decir, áspera y crudamenle, no se parece al mismo Petrarca, ni á ningún elegíaco del mundo, en la manera de sentir y expresar el amor. Se le encuentra á la primera lectura monótono, duro frío, pobrísimo de imágenes; pero, vencido este primer disgustos pocas personalidades líricas hay tan dignas de estudio. Si existe un poeta verdaderamente psicológico, es decir, que no haya visto en el mundo más que las soledades de su alma, Ausías lo es, y en el análisis de sus afectos, pone fuerza y lucidez maravillosas. La poesía del Petrarca parece insustancial devaneo al lado de esta disección sutil é implacable de las fibras del alma. Llega á olvidarse uno del amor y de la dama, y á ver sólo el corazón

(1) Las ha coleccionado (con algunas apócrifas) D. Jerónimo Roselló en un grueso volumen. (Palma, 1859, imprenta de Gelabert.)

(1) El *Blanquerna* se imprimió por la primera y única vez en Valencia, por Mosén Juan Bonlabli (que lastimosamente modernizo el texto), en 15 1; edición rarísima. Yo poseo (y me he valido de) la traducción castellana impresa en Mallorca (1789) *por la viuda de Frau* (*Blanquerna, maestro de la perfección*..., etc.), que también escasea mucho. El traductor es anónimo. Morel Fatio, en el tomo VI de la *Romania*, ha dado noticias y extractos de un antiguo códice catalán, que difiere no poco del texto impreso en Valencia.

ROYAL
Rambla Estudios, núm. 8
Todas las tardes Té - concierto
(FIVE O'CLOCK TEA. TZIGANES)
Souper-concert á la salida de los teatros
RESTAURANT
Menú desde 5 pesetas
El Salón más elegante de Barcelona para banquetes y lunchs

del poeta, materia del experimento. Ausías no se cuida del mundo exterior, y cuando quiere decirnos algo de él, parece torpe y desgarbado: pero el mundo del espíritu le pertenece, y en él sabe describir hasta los átomos impalpables. Decir que Ausías desciende de la poesía italiana, de Dante y de Petrarca, es decir una vulgaridad, que puede inducir á error, hasta por lo que tiene de cierta. En lo sustancial, en lo que da carácter propio á un poeta, Ausías no desciende de nadie, sino de sí mismo y de la filosofía escolástica, de que es discípulo fervoroso. Sus cantos pueden reducirse á forma silogística, y de ellos extraerse una psicología y una estética, y un tratado de las pasiones. Ese es

El oro fino y extremado
En sus profundas venas escondido,

que dijo Jorge de Montemayor; y por eso nuestros antiguos (y entre ellos el maestro de Cervantes) tuvieron á Ausías por filósofo tanto ó más que poeta. Y si del Petrarca dijo Hugo Fóscolo y han repetido tantos:

Che amore in Grecia nudo, nudo in Roma,
D'un velo candidissimo adornado,
Rendea nel grembo á Venere celeste,

de nuestro valenciano podemos decir, no sólo que arropó al amor con todo género de cándidos cendales, hasta el punto de no describir nunca, ni por semejas, la peregrina hermosura de su dama, sino que le hizo sontarse en los bancos de la escuela de Santo Tomás y de Escoto, y aprender de coro muchas cuestiones de la *Summa*, como el mejor discípulo de la Sorbona.

He dicho que los versos de Ausías constituyen, reunidos, una filosofía del amor y de la hermosuta, que, á no estar dirigida á beldad terrena, merecería ser aquí largamente analizada. Ausías tenía grandes condiciones de poeta místico; pero se quedó en el camino, distraído por el amor humano, y en los *Cantos de muerte* y en el *Canto Espiritual* apenas pasó de ascético y moralista.

(Estudio sobre la Poesía Mística)

Menéndez y Pelayo

como crítico filosófico

Luis Vives

Sería vano y temerario empeño querer encerrar en el breve marco de este discurso la gigantesca figura del gran polígrafo de Valencia. Dos ó tres nombres hay que compiten con el suyo en la historia de la ciencia española: no hay ninguno que le supere. Es el gran pedagogo del Renacimiento, el escritor más completo y enciclopédico de aquélla época portentosa, el reformador de los métodos, el instaurador de las disciplinas. El dió el último y definitivo asalto á la barbarie en su propio alcázar de la Sorbona: en él comienza la escuela moderna. El restableció el alto concepto de la enciclopedia filosófica, perdido y casi olvidado entre las cavilaciones sofísticas del nominalismo decadente. El reconcilió la elegancia de las letras humanas con la gravedad del pensamiento filosófico. En una época abierta á todo género de temeridades, profesó y practicó constantemente el gran principio de la sobriedad y parsimonia científica, el *ars nesciendi*. Su admirable estilo filosófico, bruñido, castamente adornado, varonil y recio unas veces, otras suave y persuasivo, libre de empalagosas amplificaciones, suelto en su andar y en su estructura (muy al revés de la enfadosa afectación de los ciceronianos de Italia), fué espejo diáfano de aquel pensamiento suyo tan poderoso en su moderación, tan equilibrado en sus mayores audacias, tan luminoso é insinuante. Rodeado de eruditos que filosofaban sin grande originalidad y confundían sus reminiscencias clásicas con cierto vago espíritu de innovación, creyéndose emancipados con sustituir la autoridad de Plotino á la de Aristóteles, invocó el testimonio de la razón y no el de los antiguos, y formuló por primera vez los cánones de la ciencia experimental. Precursor de Bacon se le ha llamado, y lo es sin ninguna duda, así en lo que toca á la reforma de los métodos, como en la importancia que concedió al de inducción, «*animadverso, quantum possit, naturæ artificio, et ad experimenta adjuncto pro norma*». Pero lo es, sin el exclusivismo de Barcon, sin odio ni desdén hacia la Metafísica, y con tanto amor y respeto á la observación interna como á la externa. Por eso ha dicho con razón Lange, en su eruditísima *Historia del Materialismo*, que Luis Vives, «el mayor reformador de la filosofía de su época», debe ser mirado á un tiempo como precursor de Bacon y como precursor de Descartes, puesto que si por un lado, en lo tocante al estudio de las ciencias físicas, aconseja a los verdaderos discípulos de Aristóteles que salgan de entre el polvo de los libros y consulten á la naturaleza en sí misma, como hacían los antiguos, sin fiarse de una tradicción ciega ni de hipótesis sútiles, sino estudiándola directamente por vía de experimentación; encarece también, con no menos brío y con estricta lógica harto olvidada por los puros experimentalistas, la aplicación del mismo método de observación y de experiencia á los fenómenos del mundo interno: *Consideratio autem mentis opes scrutatur et mentem quasi in se ipsam reflectit ut recognoscat quid contineat, quale, quantumque sit.*

Esta dualidad de tendencias, psicológica la una y empírica la otra, o (para llamarlas con sus nombres posteriores) cartesiana y baconiana, que en la filosofía de Luis Vives advirtió Lange, y cuantos han llegado á conocerla, ha introducido cierta confusión en los juicios formulados acerca de su doctrina é influencia filosófica, contribuyendo a aumentarla ciertas frases de sabor aparentemente platónico, y otras evidentemente escépticas. La clave de todo ello sólo puede encontrarse en la teoría del conocimiento que el filósofo valenciano profesaba, y á la cual vienen á parar como á su centro lo mismo su doctrina de la experimentación, que sus ideas acerca de la «*tacita cognitio*» ó «*experientia cujuslibet intra se ipsum*». Ahora bien: leidas, concordadas y meditadas sus obras filosóficas, creo haber llegado á una conclusión clara y decisiva en este punto. Luis Vives admite y recomienda la observación externa, y la observación interna, mas en todo lo que se levanta sobre los límites de la observación es un *probabilista* semejante á Arcesilao y á Carneades, ó digámoslo más claro, es un Kantiano en profecía. Pero aunque todas las tendencias de su espíritu le lleven á conclusiones análogas á las de la *Crítica de la Razón Pura*, otros impulsos no menos enérgicos en aquel espíritu tan bien equilibrado y tan enemigo de toda exageración: su fe religiosa, que era no sólo acendrada, sino ardentísima, y su respeto á las creencias universales del género humano, le hacen salvar el abismo crítico mediante una teoría de la conciencia, análoga á la profesada por la escuela escocesa. En suma, Luis Vives es un Kantiano mitigado, una especie de William Hamilton, el filósofo más parecido á él entre todos los modernos.

(Ensayos de Crítica filosófica)

Menéndez y Pelayo

como poeta

En Roma

Y nada respetó la edad avara...
Ni regio pueblo, ni sagradas leyes!...
En paz yacieron extranjeras greyes
Do la voz del tribuno resonara.
No ya del triunfador por gloria rara
Siguen al carro domeñados reyes,
Ni del Clitumno los hermosos bueyes
En la pompa triunfal marchan al ara.
Como nubes, cual sombras, como naves,
Pasaron ley, ejércitos, grandeza...
Sólo una cruz se alzó sobre tal ruína.
Dime tú, ¡oh cruz! que sus destinos sabes:
¿Será de Roma la futura alteza
Humana gloria ó majestad divina?

Roma, Enero de 1877.

A la memoria del eminente poeta catalán
D. Manuel Cabanyes
(*Fragmento*)

Feliz quien nunca en la inviolada lira
Al poder tributó venal incienso,

CHAMPAGNE NOYET
=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=
Cavas "Els Pujols"
Comarca del Panadés